

La personalidad del sabio Julio C. Tello

UN niño de tez bronceada y cuerpo enjuto, de cabeza grande, tipo mesocéfalico andino con frente despejada y abundante pelo hirsuto, de ojos pequeños pero vivaces, nariz aguileña, labios delgados y mentón pronunciado y altivo —rasgos que delatan su origen de auténtico peruano o indio—, fue escogido por su padre, en 1893, para ser enviado a Lima, con el fin de nutrirse con los conocimientos de la civilización moderna. Ese niño, oriundo de Huarochirí, que a la sazón contaba trece años de edad, se llamaba Julio César Tello Rojas.

Este niño indígena, descendiente de los bravos huarochiranos, que en 1536 sitiaron la naciente Ciudad de los Reyes para secundar la acción libertadora de Manco II en el Cuzco, bajó de los Andes hacia las playas del mar Pacífico, a través de la misma ruta por la que transitaban sus antepasados.

Venía el oscuro viajero en pos de una nueva meta que seguir, de un ideal que conquistar y de una lucha que vencer. Presentía en su alma infantil una lucha intensa y titánica por encontrarse en un ambiente hostil y diferente al suyo; pero resolvió enfrentarse con la bravura de su estirpe y con el arma de su inteligencia.

Desde entonces cogió entre sus temblorosas manos el libro hecho con letras de molde para servirse como arma de combate y como escudo de defensa

contra los prejuicios étnicos que reinaban en plazas, calles y escuelas de la capital.

Se matriculó primero, en el Colegio Lima, regentado por el recordado maestro don Pedro A. Labarthe; después, ingresó al Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe, donde terminó su instrucción secundaria; y, por último, fue aspirante a la Universidad Mayor de San Marcos para matricularse en la Facultad de Medicina, finalizando allí sus estudios superiores con gran brillo y éxito.

Es en las aulas de San Fernando que aprendió los métodos de observación clínica y de investigación científica, bajo la dirección y enseñanza de los eminentes profesores Leónidas Avendaño, Daniel Laverería, Guillermo Gastañeta, Sebastián Barranca y otros, cuyos resultados no tardaron en manifestarse mediante las pruebas anuales y la tesis de Bachiller sobre “La antigüedad de la Sífilis en el Perú”. Este admirable trabajo, relacionado con la medicina y la antropología, le abrió las puertas de la ciencia y le condujo a nuevos horizontes de su carrera intelectual.

Es así como llegó, en 1909, a la famosa universidad norteamericana de Harvard, bajo los auspicios del gobierno peruano, después de optar al título de médico y cirujano, por aclamación. Allí, en vez de perfeccionar su carrera de medicina, decidió seguir su vocación antropo-

SEMBLANZA

lógica, como si obedeciera al mandato imperativo de su destino. Parece que el hada de la Fortuna guiaba sus pasos, porque, desdeñando las ventajas de una profesión lucrativa, abrazó la de un misionero de la ciencia y de la historia, que sólo depara felicidad espiritual, tras de sinsabores y sacrificios sin cuento.

De nada le sirvió el pasaje dramático de su niñez, cuando cierto día, por falta de dinero para pagar su mísera pensión hubo de ser arrojado a la calle, cuyo detalle lo cuenta así: "Salí en busca de nuevo alojamiento cargando auestas el atado que constituía mi equipaje; vagué por unas calles de Lima, en aquellos días en que para los indios no había compasión, hasta que tuve un encuentro casual, diría providencial, con mi condiscípulo Vital Palma, quien conocedor de mis aprietos resolvió salvarme generosamente conduciéndome a la portería de la Biblioteca Nacional, donde, previa consulta con su padre, el tradicionalista don Ricardo, me hizo pasar a la oficina. Aquí, don Ricardo con bondadosa sonrisa me concedió hospitalidad; allí viví largo tiempo hasta hacerme amigo de él y de sus hijos, principalmente de Ricardo, con quien estudié medicina."

¿Por qué causa desvió el camino de su vocación médica hacia el de la antropología? El mismo nos cuenta con aire de orgullo y satisfacción lo siguiente: "La primera vez que tuve entre mis manos el cráneo de una momia incaica para estudiarlo, sentí una profunda emoción. Ese cráneo, que los siglos habían respetado, al ponerse en contacto con mi corazón, me hizo sentir el mensaje de la raza, cuya sangre corría por mis venas. Desde entonces me hice antropólogo". Sin embargo, la medicina le sirvió de base para su formación antropológica; fue un medio para penetrar en el misterio de las generaciones desaparecidas, una brú-

jula para orientarse en el campo de la antropología física y biológica y una luz para descubrir, en la oscuridad de las tumbas, los reyes, príncipes, sacerdotes, guerreros y otras gentes de la antigüedad peruana.

Poco a poco fue convirtiéndose en un obcecado virtuoso de su profesión. Con paso firme y seguro fue penetrando en el laberinto de las ruinas de templos, ciudades y necrópolis, para descubrir las huellas de los seres que otrora sintieron la emoción de una vida feliz o trágica; para descubrir el mensaje impreso que dejaron en las piedras, metales, tejidos y huacos. Fue un viajero obstinado e incansable, que recorrió las más apartadas regiones del país en la búsqueda de los vestigios respetados por los siglos. Su afán de investigador científico le llevó hasta otros países de América y Europa, para obtener nuevos elementos de estudio que pudieran ilustrar la prehistoria del Perú y del continente americano.

Para alcanzar el objetivo de sus preocupaciones favorecieron no sólo su fortaleza física y la reciedumbre de su intelecto, su destreza de gran cateador de tumbas, su fantasía de poeta, su vasta cultura nutrida en libros y revistas, su capacidad dialéctica, sino su fe inquebrantable en descubrir el libro de oro del pasado patrio, alentado por el espíritu de misionero evangélico y el calor de la sangre india que bullía en sus venas.

A medida que surgían dificultades y sufrimientos por la incomprensión del medio hostil en que actuaba, su voluntad de vencer se templaba como el acero y su alma se agigantaba con el escudo de su sabiduría. Así, la vida de Julio C. Tello, fue una constante lucha, pero de una lucha triunfal que, de combate en combate, llegó hasta el sitial más alto de la ciencia y de la historia del Perú.

¿En qué consiste la labor peruanista de Tello? El balance de sus actividades físicas e intelectuales, durante medio siglo, desde 1893 hasta 1947, gira alrededor de tres campos bien definidos: social, universitario y arqueológico.

En el campo social, enarbola el estandarte de superioridad de la raza peruana exclamando con orgullo su origen indio, desde el banco humilde y rústico de la escuela, hasta la tribuna de la universidad o el banco del Parlamento nacional. De esta manera rompe el prejuicio de inferioridad que pesaba sobre el indígena desde los primeros días de la conquista española. Con la frente levantada y voz enérgica discute los problemas sociales de su pueblo con los más encumbrados valores de la iglesia, del foro y de la historia.

A la luz de las enseñanzas derivadas del conocimiento de la raza peruana y de su civilización, sintetiza los fenómenos sociales e históricos con tres vocablos simbólicos: *Ayllu*, *Tierra* y *Oro*. “El *Ayllu*, dice, significa unión de los hombres, razas y clases, por vínculo de simpatía, de amor, de conocimiento mutuo, de intereses y aspiraciones comunes, así de individuos de una misma parcialidad, como los de una provincia o nación. El *Ayllu* significa cooperación, especialización y coordinación de energías de la nación, para realizar las grandes obras que la raza está llamada a ejecutar en el porvenir. La *Tierra* significa la fuente inagotable de bienestar y prosperidad, el campo donde cada hombre puede desplegar su energía, capacidad e inteligencia, sin más restricciones que las impuestas por sus propias aptitudes. El *Oro* significa la belleza de la creación, la obra de Dios admirada por el ingenio humano. Ayer materia preciosa que dio brillo y suntuosidad a la civilización aborígen y, desde la conquista, motivo de ambiciones

materiales y causa de divisiones sociales y origen de la disgregación de la nacionalidad.” Reclama que estas fuentes de riqueza espiritual y material, menospreciadas en la actualidad, deben ser encauzadas y aprovechadas en bien común de la Patria, a fin de mantener el prestigio y prosperidad que exige el país.

En el campo universitario, enarbola, igualmente, el estandarte de la reforma, exigiendo una organización científica, basada en los adelantos obtenidos en las universidades modernas de Norteamérica, Alemania, Francia, Inglaterra, etc. Como miembro de la Comisión del proyecto de reforma de la Universidad Mayor de San Marcos, defiende con argumentos convincentes los principios básicos de dicho proyecto.

Desde el banco parlamentario que ocupa en la Cámara de Diputados expone, el 6 de diciembre de 1921, lo siguiente: “Este proyecto refleja algunas de las ideas democráticas del presente siglo; abre las puertas de la enseñanza de par en par; rompe ligaduras; destruye obstáculos; se empeña en amalgamar los diferentes elementos étnicos de la nacionalidad; y derrumba esas capas artificiales que sobreviven aún desde los tiempos de la dominación española. No es este proyecto para que rija en Inglaterra o en los Estados Unidos, es sólo para el Perú y para que el indígena —ese infeliz que baja a Lima sólo a darse cuenta de su incapacidad y vuelve a su tierra a ser un alcohólico o un tinterillo—, adquiera un ideal que perseguir, que le haga enérgico, firme y resuelto para lograr sus propósitos. Ha llegado la oportunidad para que este Parlamento compuesto por demócratas sancione la presente ley; ha llegado el momento para que los hombres que tienen abundante sangre indígena en sus venas apoyen esta ley, porque ella está destinada para libertar a nuestros herma-

SEMBLANZA

nos, para esos cuatro millones de indígenas que llevan una vida casi miserable; para ellos y para todos, es decir, para los que tienen sangre india, española, inglesa o china, unidos bajo un mismo propósito y un mismo ideal, el de la Patria.”

Por otro lado, la cátedra universitaria fue para Tello el medio más adecuado para exponer libremente sus ideas y teorías, sobre el origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas del país. Con la vasta cultura que poseía, acerca de los problemas antropológicos del mundo, supo interesar a sus alumnos de Arqueología Peruana y Americana hacia una vocación científica, muchas veces sin conseguir la respuesta favorable. Ante la indiferencia de la mayoría de los universitarios manifestó alguna vez, lo siguiente: “Yo había observado durante mi vida de estudiante en Lima la doble actitud que adoptaba un joven para asegurar su porvenir: la del provinciano, que trabajaba rudamente para vencer su incultura heredada y alcanzar un título que le permitiera satisfacer sus limitadas ambiciones; y la del criollo, que aspiraba a superar gracias a las ventajas que le aportaba su cultura literaria heredada. El primero adoptaba una actitud práctica o utilitaria de provecho inmediato; el segundo, por lo general, se excedía en sus ambiciones, a veces irrealizables. Obtener un título profesional para vivir y alcanzar un relativo bienestar, sin nada más allá que alimente la ambición, era algo así como la única aspiración de la juventud.” Tello —como dice Luis E. Valcárcel—, “era un *scholar*, un universitario por excelencia; amó a la Universidad; estuvo siempre a su servicio con su magnífico espíritu batallador, con su tensa actitud polémica, con aquel humorismo que descargaba en risa las nubes de la ira”.

En cuanto a sus actividades en el

campo arqueológico no es necesario enumerar los sitios donde exploró y excavó, ni tampoco vale la pena citar las fechas en que se realizaron sus descubrimientos o las publicaciones de sus trabajos. Basta mencionar el monumento que erigió a través de largos años de lucha y esfuerzo constantes: el Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Aquí se hallan conservados religiosamente los tesoros arqueológicos que rescató de la voracidad de los huaqueros, de la ambición comercial de los traficantes de antigüedades, de la propiedad particular de algunos coleccionistas y de todo vestigio o reliquia que pudo conseguir mediante sus exploraciones y descubrimientos. Allí están para la admiración y contemplación de los amantes de la cultura, para la inspiración de los artistas, para la intuición de los investigadores científicos o elucubración de los historiadores y filósofos. Allí está el gran árbol de nuestra civilización milenaria, cuya raíz se profundiza más allá de la historia escrita del viejo mundo, a medida que avanzan las indagaciones en el territorio andino. Es la respuesta del hombre aborígen al llamado de la historia, para desmentir categóricamente la falaz argumentación de los juristas del siglo XVI, que equivocada o maliciosamente propalaron la idea de que los Inkas fueron unos tiranos de pueblos bárbaros o semicivilizados y que los conquistadores españoles llegaron oportunamente para librarlos de esa tiranía. La realidad es distinta frente a las evidencias que ofrece la arqueología. No pueden considerarse como bárbaros los pueblos que forjaron las civilizaciones de Chavin o Tiahuanaco, ni como culturas primitivas las que florecieron en Lambayeque o Chimú, en Moche o Chicama, en Paracas o Nasca. Por consiguiente, los Inkas fueron los portaestandartes de aquellas viejas civilizaciones, que con

sentido humanístico mantuvieron y perfeccionaron la herencia de sus antepasados, con el único propósito de crear una sola Patria, grande y próspera, bajo el amparo de una sola divinidad, representada por la figura de un niño, símbolo del Sol.

En resumen, la obra peruanista de Tello es grandiosa, porque, con indomable energía que asombra hasta hacerse llamar por un sabio norteamericano "dínamo humano", ha reivindicado el derecho de los peruanos a escribir su propia historia con símbolos o ideogramas que contienen las estelas de Chavín, los bordados de los tapices de Paracas, las pictografías de los huacos Muchik y Nasca y las escenas realistas de taracea que exornan los keros inkaicos. Por esta razón, el país entero se inclina reverente ante la figura titánica del Maestro; las generaciones reclaman con insistencia la continuación de su obra; los niños repiten su nombre en las escuelas y colegios;

y sus alumnos universitarios recuerdan con cariño las clases matinales de arqueología, y algunos de ellos, que tuvieron la suerte de compartir las fatigas de las exploraciones y exhumaciones de momias, como Javier Pulgar Vidal, exclaman ante su tumba: "Has devuelto a la vida al hombre de Paracas. Por eso la genial obra póstuma será verdadera corona en tus sienes y gran manto maravilloso, el mejor bordado de todos, el más simbólico, el que no destruirán los milenios y el que habrá de ser tu regia gala cuando vayas a alinearte en el coro arrogante de los hombres del Perú inmortal. Allí estarás entre los primeros y en tu homenaje, otra vez, las danzas de la aurora y de la tarde harán su aparición en el altar de Punkurí y, mientras que con el brazo en alto te salude indesmayable el monolito de Sechin, rodará por el Ande y por la Selva la profunda voz del Strombus, que cual rumor de la tierra, anunciará tu ingreso a la Gloria."